

acrecentó percibiendo á Cristina, tendida de espaldas y muy abiertos los ojos.

—¡Cómo! ¿Todavía no duermes?

—No, no tengo sueño.

—¡Ah! ¡ya sé! ¡un reproche!... Más de veinte veces te tengo dicho que no gusto de que me esperen.

Y, extinguida la lámpara, tendióse junto á ella, en la oscuridad. Ella no se movió, y él bostezó dos veces, rendido de fatiga. Ambos permanecían despiertos, pero sin hablar. El, enfriado, entorpecidas las piernas, helaba las sábanas. Por fin, al cabo de reflexiones vagas, invadiéndole el sueño, exclamó sobresaltado:

—Lo sorprendente es que no se haya hecho añicos el vientre, ¡ah, qué vientre!

—¿Quién?—preguntó Cristina, azorada.

—¡La *Baigneuse*, de Mahoudeau, pardiez!

Sintió ella una sacudida nerviosa, y se volvió de lado, ocultando la cabeza en su almohada; y él, atónito al oír la estallar en llanto:

—¿Qué es eso? ¿lloras?

Ella se ahogaba, con tan fuertes sollozos, que conmovían el colchón.

—¡Vamos! ¿qué tienes? Nada te he dicho: ¡vamos, querida, vamos!

Y al hablar, iba comprendiendo la causa de tamaña pena. Sin duda, en un día como aquel, hubiera debido acostarse al mismo tiempo que ella; pero bien inocente estaba, ni siquiera había pensado en semejantes historias. Ya le conocía ella; ya sabía que se trocaba en verdadera bestia bruta, cuando se hallaba embebido en su trabajo.

—Vamos, querida; no vivimos juntos desde ayer... Sí, tú te lo habías dispuesto todo, en tu cabecita... Querías hacer de recién-casada ¿eh? Vaya, no llores más, ya sabes que no soy malo.

La tenía abrazada, y ella se abandonó. Pero

en vano se estrechaban, la pasión estaba muerta. Así lo comprendieron, al soltarse y hallarse nuevamente tendidos uno al lado de otro, extraños para en adelante, con la sensación de un obstáculo entre ellos, de un cuerpo distinto cuyo frío les había rozado ya, en ciertos días, desde el principio de su ardiente enlace. En lo sucesivo, jamás lograrían fundirse uno en otro. Había allí algo irreparable, una grieta, un vacío. La esposa disminuía á la amante; la formalidad del matrimonio parecía haber matado el amor.

IX

Claudio, no pudiendo pintar el gran cuadro en el mezquino taller de la calle Douai, resolvió alquilar en otro punto cualquier cobertizo, de espacio suficiente; y encontró lo que buscaba, vagando por el cerro de Montmartre, tocando á la calle Tourlaque, esa calle que descende á espaldas del cementerio, y desde donde se domina á Clichy, hasta los pantanos de Gennevilliers. Era un antiguo tendadero de tintorería, una barraca de quince metros de fondo por diez de anchura, cuyas tablas y enyesado dejaban circular todos los vientos del cielo. Se la alquilaban en trescientos francos. Echábase encima el verano; en pocas semanas llevaría á término su cuadro, y después daría el despido.

Además, Claudio se decidió á todos los gastos necesarios, en su fiebre de trabajo y de esperanza. Ya que la fortuna era segura, ¿á qué embarazarla con prudencias inútiles? Usando de su derecho, cercenó de mil francos el capital de su renta, y habituóse á ir sacando, sin contar. Al

principio nada le dijo á Cristina, pues ésta se lo había impedido ya dos veces; y cuando hubo precisión de confiárselo, también ella, después de ocho días de observaciones y alarmas, se acostumbó á la cosa, feliz con el bienestar que la proporcionaba y cediendo á la grata satisfacción de tener siempre dinero en el bolsillo. Fueron unos pocos años de tibio abandono.

En breve, Claudio sólo vivió para su cuadro. Había amueblado el gran taller sumariamente: sillas, su antiguo diván del muelle de Bourbon y una mesa de pino, comprada en una prendería. Faltábale la vanidad de una instalación lujosa, en la práctica de su arte. Su único dispendio fué una escala de ruedas, con plataforma y escabel móviles. Después, ocupóse de su lienzo, de ocho metros de longitud por cinco de altura; y empeñado en prepararlo por sí mismo, encargó el marco, compró la tela sin costura, que dos camaradas y él tuvieron las penas del mundo en extender con auxilio de tenazas; en seguida, contentóse con cubrirla, á cuchillo, de una capa de albayalde, no queriendo darle una mano de cola desde luego, para que quedase absorbente, lo cual, según él, hacía clara y transparente la pintura. No había que pensar en caballete, sustentáculo engorroso para semejante pieza. Así, pues, inauguró un sistema de maderos y cuerdas, que la mantenía algo inclinada contra la pared, bajo una luz rasante. Y, á lo largo de aquel vasto mantel blanco, rodaba la escala: era toda una construcción, una armadura de catedral ante la obra en ciernes.

Mas, cuando todo estuvo dispuesto, asaltáronle escrúpulos á Claudio. La idea de que tal vez no había elegido allá, del natural, el mejor golpe de luz, le torturaba. ¿Quién sabe si hubiera valido más un efecto matinal? ¿quién sabe si un

tiempo gris? Volvió, pues, al puente de Saints-Pères, y allí vivió tres meses más.

A todas horas, en todo ese tiempo, la Cité se ofreció á su vista, entre los dos boquetes del río. Bajo una nevada tardía, vióla, tocada de armiño, sobre el agua color de barro, destacándose en un cielo color ladrillo pálido. Vióla á la aparición de los primeros días de sol, secarse del invierno, recobrando aspecto infantil, con el verde brotar de los árboles de la terraza; vióla, un día de fina niebla, retroceder, evaporarse, ligera y temblorosa, como una villa de los ensueños. Después siguieron lluvias copiosas, sumergiéndola, ocultándola tras la inmensa cortina corrida entre cielo y tierra, tempestades cuyos relámpagos la mostraban siniestra, con claridad de ladronera, aplastada bajo el derrumbamiento de las grandes nubes de cobre, vientos huracanados que la barrían, aguzando sus ángulos, cortándola secamente, desnuda y flagelada, en el pálido azul del aire. Otras veces, también, cuando el sol se quebraba en polvillo, entre los ligeros vapores del Sena, nadaba en el fondo de esa claridad difusa, sin la menor sombra, igualmente iluminada por todos lados, cual delicadísima joya en oro macizo tallada. Quiso verla al salir el sol, desprendiéndose de las matinales brumas, cuando el muelle del Horloge enrojece y el de Orfèvres continúa envuelto en pesadas tinieblas, viviente ya en el rosado cielo por el esplendente despertar de sus torres y chapiteles, mientras, lentamente, la noche va descendiendo de los edificios, cual manto al caer. Quiso verla á mediodía, bajo el sol batiente á plomo, comida de cruda claridad, descolorida y muda como una villa muerta, no teniendo más que la vida del calor, el estremecimiento que vibraban las lejanas techumbres. Quiso verla á puesta de sol, reapresada por la noche

que del río subía, guardando en las aristas de sus monumentos las franjas de ascua de un carbón próximo á extinguirse, con postreros incendios que irradiaban en ventanas, y bruscas llamas de cristales reflejando destellos y agujereando fachadas. Pero ante esas veinte Cités distintas, fueran cuales fuesen las horas y el tiempo, volvía siempre á la Cité que vió la primera vez, á las cuatro de una límpida tarde de fines de verano, aquella Cité serena bajo una ligera brisa, aquel corazón de París latiendo en la transparencia del aire, como ensanchado por el cielo inmenso, que un vuelo de nubecillas atravesaba.

Allí pasaba los días Claudio, en la sombra del Puente de Saints-Pères. Allí se abrigaba, aquella era su morada, aquel su techo. El continuo rodar de los coches, parecido á un lejano fragor de trueno, ya no le molestaba. Instalado contra el primer estribo, bajo los enormes arcos de fundición, tomaba croquis, pintaba estudios. Nunca creía tener bastantes apuntes; dibujaba un mismo edtalle diez y más veces. Los empleados de la Navegación, cuyas oficinas estaban á corta distancia, habían acabado por conocerle; y hasta la mujer de un vigilante, que vivía en una especie de camarote embreado, con su marido, un par de hijos y un gato, le guardaba sus lienzos recién pintados, para ahorrarle la fatiga de pasearlos cada día por las calles. Era una dicha para él ese refugio, bajo el París que zumbaba en el aire, y cuya ardiente vida sentía circular sobre su cabeza. El puerto Saint-Nicolas le apasionó al principio por su continua actividad de lejano puerto de mar, en pleno barrio del Instituto: la grúa de vapor, la *Sophie*, maniobraba, izando bloques de piedra; acudían carros á cargar de arena, tirados por bestias y hombres jadeantes sobre las grandes baldosas en declive que

descendían hasta el agua, donde se amarraba una doble fila de chalanas y pinazas; y por espacio de semanas enteras se había consagrado á un estudio, un grupo de operarios descargando una barca de yeso, llevando en hombros los blancos sacos, dejando tras sí un reguero blanco, y empolvados de blanco ellos mismos, mientras que, junto á aquél, otra barca, vacía de su cargamento de carbón, había maculado el ribazo con una amplia mancha de tinta. Después sacó el perfil del baño frío, en la orilla izquierda, como también de un lavadero, en segundo término, abiertas sus ventanillas, con las lavanderas alineadas, arrodilladas á flor de agua, golpeando su ropa. En el centro, estudió una barca, conducida por un marinero; después, un remolcador, más al fondo, tirando de un tren de toneles y planchas. Los últimos términos los tenía ya, desde largo tiempo; rehizo, no obstante, algunos fragmentos: los dos boquetes del Sena, un gran cielo aislado donde sólo se elevaban las torres de Nuestra Señora; inundadas de sol. Y al abrigo del puente hospitalario, en aquel rincón tan perdido como un hueco de ignotos peñascos, raras veces le molestaba algún curioso; los pescadores de caña pasaban, con el desprecio de su indiferencia, y no tenía más compañero que el gato del vigilante, relamiéndose al sol, muy sosegado en el tumulto del mundo de allá arriba.

Por fin, Claudio tuvo todos sus apuntes. Trazó en algunos días su croquis general y quedó comenzada la obra magna. Pero durante el verano; en la calle Tourlaque, empeñóse entre él y su inmenso lienzo una primera batalla terrible, pues se había obstinado en valerse de la cuadrícula para trasladar su composición, y no lograba su intento, embarazado en continuos errores á la menor desviación de este trazado matemático, á

que no estaba acostumbrado. Esto le indignaba; pasó adelante, salvo ulteriores correcciones; cubrió el lienzo violentamente, presa de tal fiebre, que vivía en su escala días enteros, maneando brochas enormes, gastando una fuerza muscular que bastara á remover montañas. Llegada la noche, tambaleábase como un borracho, quedándose dormido al postrer bocado, y era preciso que su mujer le acostase, lo mismo que á un muchacho. De este trabajo heroico, salió un esbozo magistral, uno de esos esbozos en que el genio flama, entre el caos de los tonos, aún no desembrollado. Bongrand, que vino á verlo, cogió al pintor entre sus brazos y le besó hasta casi ahogarle, llenos de lágrimas los ojos. Sandoz, entusiasta, dió una comida; los demás, Jory, Mahoudeau, Gagnière, propalaron de nuevo el anuncio de una obra maestra; en cuanto á Fagerolles, permaneció un rato inmóvil, y después estalló en felicitaciones, encontrando aquello demasiado hermoso!

Y Claudio, en efecto, como si esta ironía de un hombre hábil le hubiese sido de mal agüero, no hizo ya más que echar á perder su esbozo. Era su historia de siempre; se prodigaba de golpe, en un arranque magnífico; luego, no lograba hacer salir lo demás; no sabía acabar. Su impotencia comenzo de nuevo; vivió dos años sobre aquel lienzo, sin entrañas sino por él, ora arrebatado al quinto cielo por éxtasis enormes, ora descendiendo rudamente á tierra, tan miserable, tan lacerado de dudas, que los moribundos agonizando en lechos de hospital podían darse por más dichosos. Ya, por dos veces, no estuvo dispuesto para el Salón, pues siempre, á última hora, cuando esperaba acabar en algunas sesiones, declarábanse huecos, y sentía que la composición iba crujiendo y desmoronándose bajo sus

dedos. Al aproximarse la tercera Exposición, tuvo una crisis terrible, pasó quince días sin ir al taller de la calle Tourlaque; y cuando volvió allá, fué como quien entra en una casa vaciada por la muerte: volvió el gran lienzo de cara contra la pared, empujó la escala á un rincón, y lo hubiera destrozado, quemado todo, si sus desfallecientes manos hubiesen tenido fuerzas para ello. Mas nada existía ya, un huracán de cólera acababa de barrer el piso; y proponíase dedicarse á tareas pequeñas, ya que de tareas grandes era incapaz. Todo su sér manaba sangre de desprecio y de vergüenza, y hasta se hubiera rebajado á acuarelas de colegial.

A pesar suyo, su primer proyecto de cuadrito le llevó nuevamente allá, ante la Cité. ¿Por qué no pintaría solamente una vista, un lienzo de mediano grandor? Unicamente, cierta especie de pudor, mezclado de extraños celos, impidióle ir á sentarse en su acostumbrado sitio, bajo el puente de Saints-Pères; parecíale aquel lugar sagrado y que no debía desflorar la virginidad de la obra magna, aunque muerta. Y se instaló al extremo del ribazo, en la parte alta del puerto Saint-Nicolas. Esta vez, al menos, trabajaba directamente del natural, regocijado de no haber de apelar á recursos de receta, como era fatal tratándose de lienzos de dimensiones desmedidas. Tal vez su fracaso provenía de ahí. El cuadrito, muy esmerado, más trabajado que de costumbre, tuvo, sin embargo, la suerte de sus predecesores, ante el Jurado, indignado por la «crudeza de los tonos», según la frase que circuló entonces por los talleres. Fué una bofetada, tanto más de sentir esta vez, cuanto que se había hablado de concesiones, de avances hechos á la escuela, para obtener la admisión; y el pintor ulcerado, llorando de coraje, arrancó el lienzo á delgadas tiras y lo que-

mó en la estufa, cuando se lo devolvieron. A éste no bastaba matarlo de una cuchillada; ¡era preciso aniquilarlo!

Otro año transcurrió para Claudio en tareas vagas. Trabajaba por hábito, sin acabar nada, diciendo, con triste sonrisa, que se había perdido y que andaba buscándose. En el fondo, la conciencia tenaz de su genio le dejaba una esperanza indestructible, aun durante las más largas crisis de abatimiento. Sufría como un condenado rodando la eterna roca que debía caerle encima y aplastarle; pero quedábale el porvenir, la certeza de levantarla un día, con ambos puños, y lanzarla á las estrellas. Al fin vieron brillar nuevamente el fulgor en sus ojos; y supieron que volvía á encerrarse en la calle Tourlaque, asediado por su primera idea. El que, antaño, sentíase siempre arrebatado, más allá de la obra presente, por el sueño ampliado de la obra futura, golpeábase ahora la frente con ese tema de la Cité. Era la idea fija, la barra que cerraba su vida. Y en breve volvió á hablar de ella libremente, en una nueva llamarada de entusiasmo, gritando con regocijos infantiles que había encontrado lo que buscaba y que tenía asegurado el triunfo!

Un día Claudio, que hasta entonces no había vuelto á abrir su puerta, admitió la visita de Sandoz. Este se fijó en un esbozo, hecho sin modelo, admirable de color. Por lo demás, siempre el mismo asunto: el puerto Saint-Nicolas á izquierda, la Escuela de Natación á derecha, el Sena y la Cité en el fondo. Eso sí, quedó estupefacto percibiendo, en vez de la barca guiada por un marinero, otra barca mayor, llenando todo el centro de la composición y ocupada por tres mujeres; una, en traje de baño, remando; otra, sentada en el borde, con las piernas en el agua

y el corpiño semi-arrancado, mostrando el hombro; y la tercera, de pie, completamente desnuda, en la proa, de una desnudez tan esplendente, que irradiaba como un sol.

—¡Vaya! ¡qué idea!—murmuró Sandoz.—¿Qué hacen ahí esas mujeres?

—Se están bañando—respondió tranquilamente Claudio.—Ya ves que acaban de salir del baño frío; eso me da un tema de desnudo, un hallazgo ¿eh? ¿te choca eso?

Su antiguo amigo, que le conocía perfectamente, temió sumirle de nuevo en sus vacilaciones.

—¿A mí? ¡oh! ¡no, nada de eso! Sólo temo que el público no te comprenda esta vez tampoco. No es muy verosímil esa mujer desnuda, en plena mitad de París.

El otro se sorprendió, ingenuamente.

—¡Ah! ¿lo crees así? ¡pues bien! ¡tanto peor! ¿Qué importa eso, si la mujer está bien pintada? Eso me es indispensable, para ponerme á tono.

Los días siguientes, insistió Sandoz benévola-mente sobre tan extraña composición, defendiendo, por una necesidad de su naturaleza, la causa de la lógica ultrajada. ¿Cómo, un pintor moderno, que se preciaba de no pintar sino realidades, podía bastardear una obra, introduciendo caprichos semejantes? Era tan fácil elegir otros temas, donde se imponía la necesidad del desnudo! Pero Claudio, obstinándose, daba explicaciones malas y violentas, no queriendo confesar la verdadera razón, una idea suya, tan confusa, que no hubiera podido explicarla con claridad: el tormento de un simbolismo secreto, el viejo retoño de romanticismo que le hacía encarnar en esa desnudez la carne misma de París, la villa desnuda y apasionada, esplendente, con una belleza de mujer. Y en ello entraba, además, su propia pasión, su amor á los bellos vientres, á

los muslos y á los pechos fecundantes, como ardía en deseos de crearlos á manos llenas, para los alumbramientos continuos de su arte.

Ante la argumentación apremiante de su amigo, fingió, sin embargo, dejarse convencer.

— ¡Bueno! ¡veremos! más adelante la vestiré, ya que te molesta. Pero, de todos modos, empezaré haciéndola así ¿eh? ¿comprendes? eso me distrae.

Jamás volvió á hablar del asunto, limitándose á arquear los hombros y á sonreír con aire pueril, cuando alguna alusión significaba el asombro de todos al ver á aquella Venus naciendo de la espuma del Sena, triunfante, entre los ómnibus de los muelles y los cargadores del puerto Saint-Nicolás.

Llegó la primavera. Iba Claudio á consagrarse nuevamente á su lienzo, cuando una decisión, tomada en un día de prudencia, cambió la vida del matrimonio. A veces, Cristina alarmábase de todo ese dinero tan pronto gastado, de las sacas con que sin cesar mermaban el capital. Ya no echaban cuentas, desde que la fuente pareciera inagotable. Después, transcurridos cuatro años, quedaron aterrados cierta mañana cuando, al pedir una partida á cuenta, supieron que de los veinte mil francos, apenas quedaban tres mil. Inmediatamente cayeron en una reacción de economía excesiva, ahorrando hasta en pan y proyectando la supresión de las necesidades indispensables; y así, en ese primer arranque de sacrificio, dejaron el cuarto de la calle de Douai, para alojarse en la calle Tourlaque. ¿Para qué dos alquileres? Bastante espacio había en el antiguo tendadero, aún salpicado por las aguas del tinte, para albergar á tres personas. Mas la instalación no dejó de ser laboriosa; aquella barraca, de quince metros por diez, no les daba más que una pieza, un

cobertizo de gitanos que lo hacen todo en comunidad. Preciso fué que el pintor mismo, ante la poca amabilidad del propietario, la cortase, en un extremo, con un tabique de tablas, tras del cual improvisó una cocina y una alcoba. Esto les encantó, á pesar de las rajaduras del techo, por donde el viento se colaba; y los días de grandes lluvias veíanse obligados á instalar lebrillos bajo las grietas demasiado anchas. Era aquello un vacío lúgubre, donde sus pobres muebles danzaban á lo largo de las desnudas paredes. Y, engraidos de hallarse alojados tan á sus anchas, decían á los amigos que á Santiaguito le probaría mucho el disponer de aquel espacio para corretear. El pobre Santiaguito, á pesar de sus nueve años, no medraba gran cosa; sólo su cabeza seguía engrosando; no podían mandarles más de ocho días seguidos á la escuela, pues volvía atontado, enfermo de estudiar; de manera que, casi siempre, le dejaban vivir á gatas, á su alrededor, arrastrándose por los rincones.

Entonces Cristina, que desde largo tiempo no se había inmiscuído en el trabajo cotidiano de Claudio, vivió de nuevo con él, cada hora de las largas sesiones. Ayudóle á raspar y apomazar el antiguo lienzo, dándole sanos consejos para arrimarlo con mayor solidez á la pared. Mas advirtieron un desastre: la escala de ruedas se había descompuesto bajo la humedad de la techumbre, y temiendo una caída, hubo de consolidarla él con un travesaño de madera, mientras ella le iba pasando clavos, uno por uno. Todo estaba ya listo, por segunda vez. Asistió á la colocación del nuevo esbozo, en pie, tras él, hasta desfallecer de cansancio, dejándose luego caer al suelo donde permanecía, acurrucada, contemplando su tarea.

¡Ah! ¡con qué ganas lo hubiera vuelto á sacar

de las garras de esa pintura que se lo había robado! Para ello, convertíase en sirvienta suya, muy dichosa con rebajarse á faenas de peón. Desde que volvía á entrar en su trabajo, juntos así los tres, él, ella y aquel lienzo, renacía á la esperanza. Si se le había escapado, cuando lloraba ella, sola, en la calle de Douai, y él se pasaba eternas horas en la calle Tourlaque, apasionado y extenuado como en brazos de una querida, tal vez lograría reconquistarlo ahora, viviendo junto á él, con su pasión. ¡Ah! ¡con qué envidioso rencor no execraba esa pintura! Ya no era su antigua rebelión de burguesita pintando acuarelas contra ese arte libre, soberbio y brutal; no; poco á poco lo había ido comprendiendo, atraída al principio por su cariño al pintor, seducida después por el placer de la luz, el encanto original de las notas rubias. Actualmente, todo lo había aceptado: los terrenos color de lila, los árboles azules. Hasta cierto respeto comenzaba á hacerla temblar ante aquellas obras que tan abominables encontrara en otros tiempos. Véialas potentes, y las trataba como rivales de que no debía una mofarse. Y, creciendo su rencor al compás de su admiración, sentíase indignada asistiendo á esa disminución de sí propia, á ese otro amor que la abofeteaba en su propio hogar.

Al principio fué una lucha sorda, de todos los minutos. Imponíase, ingiriendo á cada instante lo que podía de su cuerpo, un hombro, una mano, entre el pintor y su cuadro. Incesantemente permanecía allí, envolviéndolo en su aliento, recordándole que era suyo. Después, rebrotó su antigua idea: pintar también, irle á encontrar en el fondo mismo de su fiebre artística. Por espacio de un mes, se vistió una blusa, trabajando como discípula al lado del maestro, copiando dócil un estudio suyo; y no cejó sino al ver que su ten-

tativa era contraproducente, pues el artista iba acabando de ver la mujer en ella, como engañado por esa tarea en comunidad, bajo un pie de simple compañerismo, de hombre á hombre. Por lo tanto, volvió á encastillarse en su única fuerza.

A menudo, ya, para colocar las figuritas de sus últimos cuadros, había tomado Claudio de Cristina indicaciones, una testa, un gesto de brazos, un ademán del cuerpo. Echábale un manto sobre los hombros, fijábala en un movimiento, y gritábale que se estuviese quieta. Eran servicios que le prestaba dichosa, repugnando no obstante el desnudarse, ofendida de ese oficio de modelo, ya que hoy era su mujer propia. Cierta día en que le era menester una pintura de muslo, negóse de pronto, y después consintió en remangar su ropa, avergonzada, habiendo cerrado previamente la puerta con doble vuelta de llave, por miedo de que, sabiendo el papel á que descendía, no la buscasen desnuda en los cuadros de su marido. Aún resonaban en su oído las insolentes risotadas de los camaradas y del mismo Claudio, sus groseros chistes, cuando hablaban de los lienzos de un pintor que se servía así únicamente de su mujer, apetecibles desnudeces delicadamente exhibidas para los burgueses, y en las que se la veía bajo todas sus fases, con particularidades muy conocidas, la entrada de la cintura algo larga, el vientre demasiado alto, lo cual la paseaba sin camisa á través de París chocarrero, cuando pasaba vestida, acorazada, oprimida hasta la barba por vestidos oscuros, que precisamente llevaba sin el menor descote.

Pero en cuanto Claudio hubo diseñado en amplios trozos la gran figura de mujer en pie que debía ocupar el centro de su cuadro, miraba Cristina aquella vaga silueta, pensativa, asediada por

una idea tenaz, ante la cual se desvanecían todos sus escrúpulos. Y cuando él habló de tomar una modelo, ofrecióse ella misma.

—¡Cómo! ¿tú? ¡pero si te pones furiosa en cuanto te pido la punta de tu nariz!

Ella sonreía, perpleja:

—¡Oh! ¡la punta de mi nariz! ¿No te serví de modelo para la figura de tu *Plein air* y cuando aún nada mediaba entre los dos? Una modelo te costará siete francos por sesión. No somos tan ricos, para semejante despilfarro!

Esta idea de ahorro le decidió en seguida.

—Me place; y te agradezco ese valor, pues bien sabes que conmigo no es tarea de holgazanes... ¡No importa! ¡Confíesalo, tonta! ¡Temes que entre aquí otra mujer, y estás celosa!

¡Celosa! sí, lo estaba, y hásta agonizar de sufrimiento. Pero maldito el cuidado que le daban las demás mujeres; todas las modelos podían quitarse allí sus enaguas; sólo tenía una rival, esa pintura preferida que le arrebatava su amante de entre brazos. ¡Ah! despojarse de sus ropas, suprimir hasta el más íntimo velo, y ofrecerse desnuda á él durante días y semanas enteras, vivir desnuda bajo sus miradas, y así reconquistarle, y transportarle cuando en sus brazos cayese! ¿Tenía acaso otra cosa que ofrecer, sino su persona? ¿no era legítimo ese postrero combate donde ella empeñaba su cuerpo, á trueque de no ser ya nada, nada más que una mujer sin atractivos, si se dejase vencer?

Claudio, muy satisfecho, empezó, sacándole una copia, una simple academia, para su cuadro, en la actitud deseada. En cuanto Santiaguito salía para la escuela, encerrábanse, y la sesión duraba horas. Los primeros días, quedaba Cristina molida de la inmovilidad; después, acostumbrose, no osando quejarse por temor á enfadarle, retenien-

do el llanto cuando la removía y empujaba. Y en breve, adquirido el hábito, tratóla como á simple modelo, más exigente que si la pagara, sin temer nunca abusar de su cuerpo, toda vez que era su mujer, su propiedad. Empleábala para todo, hacíala desnudar á cada momento, por un brazo, por un pie, por el más mínimo detalle que necesitaba. Era un oficio mecánico á que la rebajaba, un empleo de maniquí viviente, que plantaba allí y copiaba, como hubiera copiado el cántaro ó el caldero de una naturaleza muerta.

Esta vez quiso Claudio proceder sin apresuramientos; y antes de bosquejar la gran figura, había sobado ya á Cristina meses enteros, copiándola bajo veinte diversos aspectos, á fin de imponerse de la cualidad de su piel, según decía. Llegó, por fin, el día de dar comienzo al esbozo. Era una mañana de otoño, acompañada de venticillo sutil; en el taller no hacía calor, á pesar de la encendida estufa. Como quiera que Santiaguito, atacado de una de sus crisis de estupor, no hubiese podido ir á la escuela, decidieron encerrarle en el fondo de la alcoba, encargándole que fuera muy juicioso. Y, tiritando, la madre se desnudó, plantándose junto á la estufa, inmóvil, guardando la posición exigida.

Durante la primera hora, el pintor, montado en su escala, la estuvo acuchillando á ojeadas, desde los hombros á las rodillas, sin dirigirle una sola palabra. Ella, invadida de lenta tristeza, temía desfallecer, no sabiendo ya si padecía del frío ó de una desesperación, venida de lejos, que sentía agrandarse. Tan fuerte era su fatiga, que, vacilante, dió algunos pasos con sus piernas entumecidas.

—¡Cómo, ya!—gritó Claudio.—Si apenas hace un cuarto de hora que empezamos! ¿Acaso no quieres ganar tus siete francos?

Chanceaba, con aire adusto, encantado de su trabajo. Y aún no bien recobró ella el uso de sus miembros, bajo la bata con que se cubriera, repuso Claudio violentamente:

—¡Vaya, vaya, fuera perezas! ¡Hoy es un día magnol! ¡Hay que tener genio, ó reventar!

Después, cuando ella hubo recobrado su posición, desnuda bajo la pálida luz, y él reanudaba su pintura, continuó soltando frases, de vez en cuando, por esa comezón que sentía de hacer ruido, desde que su tarea marchaba á su placer:

—¡Es sumamente curiosa tu piel! Positivamente, absorbe la luz... Así, aunque mentira parezca, eres gris esta mañana. Y el otro día eras rosa ¡oh! un rosa algo inverosímil... ¡Eso, francamente, me desconcierta!

Y se detuvo, entornando los párpados:

—Es asombroso, de veras, el desnudo... Destaca una nota sobre el fondo... ¡Y vibra, y adquiere una condenada vida, como si se viese circular la sangre en los músculos!... ¡Ah! ¡un músculo bien dibujado, un miembro pintado sólidamente, en plena luz! no hay nada más bello, ni mejor; ¡es cosa divina! Yo no tengo otra religión; y me arrodillaría ahí delante, por toda la vida.

Y, viéndose precisado á bajar en busca de un tubo de color, acercóse á ella, detallándola con pasión creciente, palpando con la yema del dedo cada una de las partes que designar quería:

—¡Mira! ¡ves tú, bajo la tetilla izquierda? es tan lindo como el resto. Hay ahí unas véniculas azuladas, que dan á la piel una delicadeza de tono exquisita... Y ahí, en el arranque de la cadera, ese hoyuelo donde la sombra se dora, una maravilla! Y ahí, en el macizo modelado del vientre, ese rasgo puro de las ingles, apenas una punta de carmín en oro pálido... Siempre me ha

sacado de quicio el vientre. ¡Es tan grato de pintar, un verdadero sol de carne!

Después, nuevamente subido á su escala, gritó en su fiebre de creación:

—¡Voto á! ¡si no saco de ti una obra maestra, soy un marrano!

Cristina callaba, creciendo su angustia con la certidumbre que en su alma se infiltraba. Inmóvil, bajo la brutalidad de las cosas, sentía el malestar de su desnudez. En cada uno de los lugares que el dedo de Claudio tocara, hábale quedado una impresión de hielo, como si el frío que la hacía tiritar penetrase actualmente por allí. Hecho estaba el experimento ¿á qué esperar más? Este cuerpo, cubierto por do quiera con sus besos de amante, ya no lo veía, ya no lo adoraba sino como artista. ¡Un tono de la garganta lo entusiasmaba, una línea del vientre lo postraba de rodillas, devoto, cuando, en tiempos pasados, la aplastaba toda contra su pecho, sin verla, en abrazos donde uno y otro hubieran querido fundirse. ¡Ah! ¡llegado había el fin, ya no existía ella, pues en ella sólo amaba su arte, la naturaleza, la vida. Y, fija la mirada en el vacío, conservaba la rigidez de un mármol reteniendo las lágrimas que hinchaban su corazón, reducida á la miseria de ni aun poder llorar.

Una voz surgió de la alcoba, mientras unos puños infantiles golpeaban la puerta:

—¡Mamá, mamá! ¡no puedo dormir! ¡me fastidio! ¡Abreme, mamá!

Era Santiaguito que se impacientaba. Encolezóse Claudio, gruñendo que no le dejaban un minuto de reposo.

—¡Pronto iré!—gritó Cristina.—Duerme; ¡deja trabajar á tu padre!

Pero, agitada por una nueva inquietud, comen-